



Gobierno nacional

En la formidable y puntualizada requisitoria que contra el sistema represivo que se empleó en Barcelona enderezó Angel Pestaña en el Ateneo de Madrid el 24 de noviembre dijo, entre otras cosas, lo siguiente:

«Un día fui requerido a celebrar una conferencia con un caballero en el Club Colombófilo de Barcelona. Asistí a la conferencia, y este señor me dijo que podíamos cambiar de rumbos, porque había altos políticos que se interesaban por nosotros. Yo contesté categóricamente defendiendo mis convicciones. Aquel caballero nos amenazó con serios peligros, con atentados, con persecuciones. ¿Sabéis quién era nuestro protector? Don Juan de la Cierva y Peñafiel: el representante de la «Fatalidad» que había de exterminarnos.» (Risas y grandes aplausos.)

Ahí le tenéis, en su papel, al en un tiempo aspirante a dictador al dictado—cuando llamó «providenciales» a las Juntas militares de defensa, luego que las hubo corrompido, siquiera pasajera—; al notario del fatídico discurso de Córdoba; al que tronó contra las Compañías ferroviarias para ponerse luego a su servicio; al que insultó a Dato para comchabarse después con él; al que riñó con Sánchez Guerra para venir a un arreglo; al gran celestino, en fin, de la irresponsable Fatalidad o de la fatal Irresponsabilidad; al cacique político que más sacrilegamente toma en boca el nombre de la patria. A la que ningún paisano ha hecho más daño moral que él. El, el hombre del orden, pero de su orden.

Se ha dicho que había una conjura para formar un Gabinete destinado a que no se discuta lo del expediente Picasso, a que se le eche tierra, y que de ese Gabinete, presidido por el señor Sánchez de Toca, formaría parte Cierva, su enemigo mortal de antaño. Como que fué el señor Sánchez de Toca el que dió aire y mayor curso a nuestra expresión de dictador al dictado aplicada a aquél. Y que de ese Gabinete formarían parte elementos romanonistas y mauristas. Vamos, sí, al Gabinete del celestino. O acaso el de la liquidación. Porque a ratos se parecen estos días a aquellos de mediados de septiembre de 1868, en que al jaque González Brabo sustituyó en la presidencia del Consejo de ministros el general don José de la Concha, mar-

qués de la Habana, el que tuvo que entregar el Gobierno a los vencedores de Alcolea.

Sánchez de Toca, Romanones, Maura, y sobre todo... ¡Cierval, Cierva, el que amonestaba de real orden—de real orden, ¿eh?—a Picasso para que se detuviera en sus pesquisas ante el alto comisario, general Berenguer. Y en tanto el mayor responsable de la catástrofe de Annual, aquel a quien estaba encubriendo Berenguer, se complacía en decir que era preciso agotar todas las responsabilidades. Sin que sepamos en qué Maquiavelo de dé-cimateroía clase habría aprendido ese truco de doblez.

Escribimos estas líneas el lunes, 27 de noviembre, y no sabemos lo que amanecerá mañana. Pero leemos un programa parlamentario del «Heraldo de Madrid», órgano hoy romanonista. Y en él se dice que el miércoles, 29, intervendrá el mayor celestino de la Fatalidad, Cierva, y para el viernes, 1.º de diciembre, anuncia «probable» discurso del señor Cierva. O de la Cierva, o Lacierva, o como sea. ¿Probable? Y con sus erupciones patrióticas, sin duda alguna. Al que podía ponerle un estrambote su compinche y amigo—don Alejandro.

En cuanto a los contubernios entre Cierva y Romanones, más vale no hablar. Cierva es un cacique fundamentalmente contubernario.

Ese... abogado cacique se ha metido más de una vez con la Fatalidad y hasta le ha dirigido amenazas veladas. Esto, en público, que lo que es en privado... Cuentan y no acaban.

Y ese sujeto tiene, para vergüenza de España, su partido, y hubo un tiempo en que los espíritus troglodíticos y cavernarios veían en él una especie de Mesías.

Lo que no podemos estampar aquí, y eso que no nos arredramos ante la dureza de los juicios cuando los creamos justos, es el calificativo que le aplicó, hablando con nosotros, uno de los que habían una vez formado parte con él en cierto Gabinete.

¡Y a ese Gabinete monstruoso, a ese fresquísimo gazpacho a que nos referíamos más arriba le llamaban «nacional» Aquí se les ha llamado Gobiernos nacionales a los más antinacionales. Porque la nación—no nos cansaremos de repetirlo— es una cosa y el reino otra. Esos podrán ser llamados Gobiernos dinásticos, pero no nacio-

nales. Son más bien antinacionales. Esos Gobiernos son tan nacionales como el Tercio o como la guerra de Marruecos.

Pero ¿dónde está la nación? Porque es la nación, y no el Parlamento, la que tiene que sacar las consecuencias del expediente Picasso; es la nación la que tiene que barrer a todos los celestinos y a sus secuaces.

¿Qué pasará? En Madrid dicen los que se las dan de peritos que nada. Pueda ser, pero lo mismo decían año. «Después de esto puede que suceda. No diré que no, pero ya verá usted como no sucede. Así como mi instinto me decía en los primeros días de julio que aquello era verdad, hoy me dice que esto es agua de cerrajas.» Así escribía desde Lequitió el 11 de septiembre de 1868 el entonces presidente del Consejo de ministros don Luis González Brabo.

Miguel de UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS USALES